

CHECOSLOVAQUIA, PAIS PREDESTINADO

En la historia de todos los pueblos existen una serie de factores que la condicionan y hacen comprensible su evolución a través de los tiempos. Estos factores son de dos clases, unos variables, dependientes de multitud de circunstancias, tales como el ambiente histórico de la época, las ideas políticas predominantes, coyunturas político-económicas, etc. Otros son fijos, como la situación geográfica, la constitución geológica del terreno, la meteorología reinante, y especialmente la posición geoestratégica. No obstante, aun estos factores que podemos considerar como fijos, pueden evolucionar a través de las edades por su variación paulatina, así la erosión, la sequedad, el cambio de los centros de gravedad políticos y económicos pueden irlos haciendo cambiar, aunque ello se produzca siempre muy lentamente.

De la actualización de todos estos factores, sin olvidar nunca el humano, surge el momento histórico, y de todos ellos son los permanentes los que verdaderamente imprimen carácter a la historia de un país. Pues bien, entre estos últimos el más constante en dejar su huella es su posición geoestratégica, pues según sea esta central, periférica, marítima, fluvial, continental, etc., obligará a la nación a una línea de conducta permanente, y a las mismas reacciones en momentos similares de su historia. Es verdad que ciertas coyunturas pueden hacerlas variar aparentemente, pero lo normal es el regreso a la gran línea de conducta histórica.

Cuando esta situación geoestratégica es desfavorable y bien definida, crea una especie de predestinación histórica que no puede ser eludida, y obliga al país a gastar gran parte de sus energías en soslayarla, consiguiéndolo a veces, pero en el momento que en el continente se crean situaciones críticas políticas o militares, el factor geoestratégico vuelve a ser el predominante y todos los esfuerzos realizados se derrumban ante la fuerza de la realidad permanente.

Bélgica, y las naciones que se han formado en el centro de Europa a base del cuadrilátero de Bohemia, son países en nuestro continente muy representativos de esta predestinación histórica.

Bélgica es un pequeño país, industrial, rico, burgués, situado en la desembocadura del Escalda, entre dos grandes potencias continentales, Alemania y Francia, y otra marítima periférica, Inglaterra. Por último, y para su desgracia, constituye la línea natural de invasión de París, que es como decir de toda Francia. Por si era esto poco, la desembocadura del Escalda es vital para Inglaterra, ya que constituye la base de partida natural de las invasiones continentales de sus islas, habiendo convertido en consecuencia de ello la Gran Bretaña en uno de sus postulados políticos, el prohibir que ninguna nación fuerte domine la desembocadura de este río.

Como resultado de esta especialísima posición geoestratégica, la libertad de este pequeño, rico, y culto país, siempre ha sido precaria, pues la potencia predominante en el continente la ha necesitado para conquistar o amenazar a Francia, y en caso de hegemonía europea para desembarcar en Inglaterra. En estas condiciones es fácil imaginar que Bélgica haya sido siempre lugar de disputa político-militar, y que en consecuencia su libertad haya estado constantemente comprometida. Aun después de su independencia en 1830, que parecía definitiva, ya que estaba garantizada por Inglaterra, en todas las convulsiones continentales habidas después de estas fechas, la independencia belga ha sufrido rudos golpes y repetidas invasiones, que no esperamos sean las últimas, ya que su posición geoestratégica la condenan a sufrir trances semejantes siempre que surja en Europa un perturbador con tendencias hegemónicas. Bien es verdad que el sistema bipolar de la política internacional actual parece alejar de ella ese peligro, pero no hay que fiarse demasiado.

Pues bien, aunque por razones de tipo muy diferentes por tratarse de un país continental, centroeuropeo cien por cien, la actual Checoslovaquia está marcada con un sello histórico similar, imposible de soslayar en los momentos de crisis.

Checoslovaquia está formada, como consecuencia del Tratado de Versalles, por tres antiguas regiones del desmembrado Imperio Austrohúngaro; Bohemia, Moravia y Eslovenia. Las tres en el corazón del continente europeo, sin salida al mar, y en donde los grandes ríos juegan un papel político-económico de primer orden. Su característica más importante estriba en estar en la frontera entre los pueblos eslavos y germánicos, es decir, entre el Occidente y el Oriente europeos.

CHECOSLOVAQUIA, PAÍS PREDESTINADO

El antiguo Reino de Bohemia, con su capital Praga, tiene unos límites naturales no fuertes, pero sí claros, ya que está separada de la gran llanura europea que se extiende desde los Urales al mar del Norte por los Montes Metálicos y los de los Sudetes, de Baviera por las selvas de Bohemia, y de Moravia por unas colinas acentuadas llamadas Moravas. Es decir, que en su conjunto forma un cuadrilátero bien definido, pero con fronteras naturales débiles. Moravia se extiende a lo largo del valle del río Morava, afluente del Danubio, perteneciente a su cuenca hidrográfica. Eslovaquia está separada por el norte de la Galitzia polaca y rusa por los Carpatos, cordillera que tiene renombre en un país llano, pero no es demasiado abrupta. Por el Sur, su frontera con Hungría es artificial y convencional. En resumen, Checoslovaquia tiene fronteras con Polonia, Rusia, Hungría, Alemania Oriental y Occidental, y con Austria.

Como sucede en toda centroeuropa, son sus grandes ríos, casi todos ellos navegables, los que forman la columna vertebral de estos pueblos, definiendo sus cuencas los intereses económicos y las líneas de acción políticas, de tal forma que las naciones e imperios se han formado tomando como ejes de expansión e influencias político-comerciales, las cuencas de sus grandes ríos. Así, el Rhin, el Elba, el Oder, son ríos germánicos; el Vístula, polaco, y el Danubio, el motor del Imperio Austrohúngaro. Por ello, las naciones que estén a caballo sobre estas cuencas estarán también bajo la influencia del país dominante en ella y siempre amenazado de caer en su órbita económica y política.

Checoslovaquia pertenece a la cuenca del Elba y, por tanto, hay en ella una fuerte influencia germánica. El Morava lo pone en la zona de intereses austrohúngaros, y el Oder de los polacos, además de los alemanes. En resumen, germanos, eslavos y húngaros han tenido siempre una fuerte influencia en el país y una apetencia constante de mandar en el cuadrilátero de Bohemia. Por todo ello, la actual Checoslovaquia es un centro focal de las líneas de penetración natural centroeuropeas, la encrucijada natural de las invasiones en todos los sentidos; y consecuentemente primer objetivo de la política estratégica de los pueblos de aquella área con impulsos hegemónicos.

Su magnífica situación respecto a las comunicaciones fluviales continentales y su riqueza minera, hizo de ella, desde finales de la Edad Media, un país industrial, comercial, rico, burgués y con características nacionales muy definidas, aspirando como es lógico a la independencia y al autogobierno.

Lo prueba el hecho de la antigüedad del Reino de Bohemia, pero, como hemos apuntado antes, estar en el cruce de caminos de germanos y eslavos, siempre fue la víctima de la potencia dominante, durándole muy poco la libertad. En el siglo XVI, el Reino de Bohemia, aunque independiente, giraba alrededor de la potencia húngara, pero después de la batalla de Mohac, en la que los turcos destruyeron a los húngaros, muriendo en ella su rey, el temor de los bohemios de caer en poder de estos últimos hizo que ofrecieran el trono a Rodolfo II, nieto de Maximiliano, educado en España, cayendo así por primera vez bajo la influencia del Imperio Austríaco, con cobertura militar española. Pero malestares económicos y religiosos hizo que en 1618 los bohemios volvieran a desear la independencia, produciéndose la famosa Desfenestración de Praga, en la que tiraron por la ventana a los delegados imperiales; pero no midieron bien sus fuerzas y las tropas de estos últimos les derrotaron estrepitosamente en la batalla de la Montaña Blanca, volviendo a formar parte del Imperio, dando origen estas luchas a la Guerra de los Treinta Años, una de las mayores calamidades que han caído sobre Europa.

Tascando el freno, Bohemia ha permanecido miembro del Imperio Austro-húngaro hasta 1918, bien es verdad que conservando una fuerte personalidad dentro del mismo, ya que se desarrolló como una región industrial fuerte y rica dentro de un imperio de base agrícola y señorial. El Imperio Austrohúngaro se formó poco a poco, como reacción natural europea contra las constantes presiones turco-eslavas en su zona oriental, y mientras él duró sus avances fueron siempre contenidos, ya que la potencia militar creada por los Habsburgo estuvo siempre a la altura de las circunstancias.

La crisis europea surgida después de la derrota de los Imperios Centrales después de la Primera Guerra Mundial fue aprovechada especialmente por un grupo de políticos franceses en el poder en aquel entonces, para conseguir la desmembración del Imperio Austrohúngaro, surgiendo de él Yugoslavia, Checoslovaquia, Hungría y Austria como naciones independientes, destruyendo así la unidad conseguida a través de los siglos de un conjunto de pueblos que constituyeron durante mil años el valladar de las invasiones orientales de Europa y un foco de expansión de primer orden de la cultura occidental. Pero sus seculares luchas sostenidas con Francia por la hegemonía continental, su acendrado catolicismo, su estructura social señorial y conservadora atrajo el odio sectario de las izquierdas francesas, que aprovecharon aquella ocasión para destruirlo, sin tener en cuenta el papel que en el equi-

CHECOSLOVAQUIA, PAÍS PREDESTINADO

librio europeo jugaba aquel Imperio, creando así un vacío político-militar que muy pronto sería llenado. Por estas razones, la situación política creada en esta zona por el Tratado de Versalles no pudo resistir más de veinte años y la independencia de los pequeños Estados surgidos de él desaparecería en manos de la potencia dominante, alemanes primero y rusos después.

Terminada la Primera Guerra Mundial, Francia trató de rodear a Alemania por el Este, creando un cinturón defensivo formado por las nuevas naciones fronterizas, al objeto de amenazarla por la espalda, en caso de nueva agresión alemana a Francia, obligándole a luchar en dos frentes, ya que por aquel entonces no se podía contar con Rusia. Así surgió la Petite Entente, cuyo centro de gravedad era Checoslovaquia, debido a su situación geoestratégica y sus riquezas industriales. La independencia de todas las naciones de este pacto estaba garantizada por Francia, sin tener en cuenta que, por su lejanía y por las razones citadas sobre la importancia que juega en estos países sus cuencas hidrográficas, Alemania, de hecho, tenía que tener, a la larga, mayor influencia político-económica que Francia. Por todo ello, la Petite Entente no pudo resistir la primera crisis, que se presentó cuando la cuestión de los Sudetes, siendo Checoslovaquia la primera víctima en la Conferencia de Munich, como no podía menos de suceder, pues la cobertura político-militar dada por Francia a este país se esfumó en el momento que Alemania se robusteció la suficiente, al no poder obrar contra las realidades planteadas por su situación geoestratégica.

Entre 1939 y 1945, todos los países de la famosa Petite Entente formaron parte del Tercer Reich. Checoslovaquia fue gobernada por una especie de virrey, perdiendo su independencia, una vez más, en su historia poco feliz.

Después de la Segunda Guerra Mundial se confirmó, en los tratados de Yalta y Potsdam, las bases de la bipolaridad política que reinaría en el mundo desde entonces, en la que parece ser se dividió a éste, o poco menos, en zonas de influencia rusa y norteamericana, cayendo Checoslovaquia, por razón de su posición, en el área de poder de la gran potencia eslava vencedora, la cual terminó con el régimen democrático checo y lo sustituyó por uno comunista, como no podía menos de suceder; ya que las zonas de influencia, para poderlas dominar, exigen regímenes políticos similares, sobre todo teniendo en cuenta que la bipolaridad política está formada sobre dos credos muy diferentes: la democracia liberal y el marxismo-leninismo, no pudiéndose vivir dentro de ellos con soltura si no se profesan una de éstas dos

religiones, máxime dentro del régimen comunista, que no admite discusiones sobre su verdad política, ni opositores de ninguna clase.

En esta situación, Checoslovaquia, nación de cultura occidental, burguesa, industrial, de alto nivel de vida, marca fronteriza tradicional del occidente de Europa con sus países orientales, se vio convertida de la noche a la mañana en comunista, totalitaria, antiliberal y con una economía dirigida contra todos sus ideales tradicionales, ya que ésta siempre ha sido orientada hacia la Europa occidental. Se comprende perfectamente que el sistema comunista impuesto no se haya aceptado, ya que la lucha de clases y otros postulados claves habían sido superados hacía muchos años. La digestión del sistema comunista debe de haber sido en este país muy penosa, debiendo haber sufrido los checos mucho durante estos últimos veinticinco años. Los propios dirigentes han tenido que verse arrastrados por este ambiente de descontento constante, por esta falta de adaptación del régimen impuesto a las realidades de la sociedad checa.

En el terreno político-militar, la Petite Entente fue sustituida como sistema defensivo por el Pacto de Varsovia, mediante el cual Rusia se rodeaba de un cinturón defensivo contra las naciones firmantes del Pacto del Atlántico, que, hecho curioso, eran las mismas que la de la Petite Entente excepto Prusia, convertida en la República Popular Alemana del Este, todo ello como consecuencia de la desaparición del Imperio austrohúngaro, cuyo vacío sigue con toda vigencia produciendo efectos.

El Pacto de Varsovia, a pesar de sus fisuras, con el tiempo se ha ido robusteciendo, siendo su permanencia debida especialmente a su contacto directo con la potencia dominante, Rusia, pues el fracaso de la Petite Entente se debió a la imposibilidad física que tenía Francia de proporcionarles cobertura militar y económica. La proximidad tiene otras ventajas: el impedir disidencias, pues el temor, más que el amor, es el gran factor que mantiene la continuidad del Pacto.

Aunque la unidad monolítica del sistema comunista sea un tanto dudosa, es lógico que, por las razones expuestas anteriormente, uno de los postulados precisos de mantener en el área de influencia rusa sea la unidad política, debiendo ésta acentuarse en las naciones que forman su cinturón defensivo; pues en el momento que cualquiera de ellas cambiara su sistema comunista por otro liberal, los postulados sostenidos por Moscú, que son la base del Pacto, perderían toda su vigencia al poder ser discutidos, dando lugar a que se produjeran fisuras en el anillo defensivo, de tal calibre que éste se conver-

tiría en un semillero de inquietudes militares para la U. R. S. S., en lugar del descanso de su seguridad.

Claro es, que no todas las naciones que forman parte de esta barrera defensiva materializada en el Pacto de Varsovia tienen la misma importancia estratégica. Así se explica que a Rumania se le hayan consentido veleidades de liberalización de sus instituciones sin que produjera gran inquietud en el Kremlin, pues rodeada por Rusia, Hungría y Bulgaria poco daño puede hacer en el conjunto defensivo; pero ése no es el caso de Hungría y Checoslovaquia, ésta última eje del dispositivo defensivo, lo mismo que lo era en los tiempos de la Petite Entente.

No nos engañemos; basta examinar un mapa de Europa para comprender que el antiguo Reino de Bohemia es la clave del Pacto de Varsovia y que Rusia no puede prescindir de él. Por ello, al tratar de crear el actual Gobierno otra Desfenestración de Praga, la reacción rusa ha sido la misma que la del rey Fernando II y el resultado similar al de la batalla de la Montaña Blanca, seguido de la consiguiente ocupación de Praga por las tropas imperiales, en este caso rusas. La realidad es que la situación geoestratégica pesa en la política de este país de una forma constante y los dirigentes, en sus decisiones trascendentes, no pueden prescindir de ella pues los resultados son siempre los mismos: la invasión y el sometimiento.

En estas condiciones, el intento de liberación rápida de las instituciones ha constituido un gran error táctico, pues siendo todos los dirigentes políticos comunistas, y conociendo a fondo la política del Kremlin, no debían de haber jamás consentido o sembrado las esperanzas de libertad al pueblo checo, ya que sabían de antemano que Rusia no consentiría en ello; ya que uno de los postulados de su política militar es la de sostener a toda costa el glaxis defensivo de que se ha rodeado, a costa de mucha sangre y sacrificios, además de argucias políticas, no estando dispuesta a ceder en este punto a los anhelos del pueblo checo por justos y honrosos que éstos sean. La actuación de las potencias occidentales en el conflicto es perfectamente explicable. Checoslovaquia, aunque lo sea por la fuerza de los hechos consumados, es un país comunista, pertenece al Pacto de Varsovia; es decir, es un enemigo en potencia. En su territorio existen bases de proyectiles balísticos apuntando a Europa. En ella residen las radios más activas de la propaganda comunista, que incitan a diario a la revolución a los partidos extremistas europeos y lanzan campañas sistemáticas contra los países occidentales, siendo España uno de sus preferidos. En resumen, es considerado

por todo el Occidente como el país comunista más importante después de Rusia. Políticamente, su independencia no está actualmente garantizada por Norteamérica, como lo estuvo por Francia. Su coberura militar corre ahora a cargo de Rusia. ¿Cómo, en estas condiciones, podría esperar auxilio de Occidente en sus pretensiones? Este no puede más que lamentar lo sucedido y enviar notas diplomáticas no ofensivas a Rusia.

La reacción del mundo occidental ha sido apática, ya que la única potencia que podía haber tomado medidas enérgicas político-militares era Norteamérica, y no lo hizo, pues es indudable que entre los dos grandes existe un respeto mutuo, tácito y expreso sobre las respectivas zonas de influencia.

Entre las naciones de la O. T. A. N. existía, poco más o menos, la creencia de que la salida de Checoslovaquia del Pacto de Varsovia era un hecho irreversible, con las mismas características que la salida de Francia de la N. A. T. O. Pero ambos hechos eran muy diferentes. Francia, aunque pieza importantísima del Pacto del Atlántico, no es clave de su despliegue defensivo. Por otra parte, sus compromisos de Berlín y de mantener tropas en Alemania son independientes de sus obligaciones contraídas con la O. T. A. N., lo que hace que su salida haya sido más un gesto político que otra cosa. Checoslovaquia no está en el mismo caso: su salida del Pacto de Varsovia supondría una fisura en la barrera defensiva, de tal naturaleza que toda ella se derrumbaría como sucedió con la Petite Entente cuando Munich.

Un factor, del que aún no hemos hablado, que ha tenido gran importancia en la tensión interior que ha desembocado en la invasión rusa ha sido, *sin duda, la evolución de la economía checa en estos últimos años.*

Rusia, además de protegerse con el cinturón defensivo formado por las naciones del Pacto de Varsovia, redondeó su posición de fuerza con un acto económico, atrayendo a su órbita industrial, financiera y comercial a todos sus miembros, creando una especie de Mercado Común marxista, el C. O. M. E. C. O. N., que de hecho hacía depender las economías de aquellos países de la de Rusia.

En el período de restauración europea surgido después de la Segunda Guerra Mundial, durante el cual los pueblos solamente luchaban por su supervivencia y por rehacer sus riquezas, el C. O. M. E. C. O. N., más o menos, ha funcionado sobre todo en los países de poco o mediano desarrollo industrial, ya que Rusia les ayudó a la creación de algunas industrias básicas. Pero cuando, pasado este período, la reactivación de las economías en los pueblos europeos occidentales trajo como consecuencia la creación de socie-

CHECOSLOVAQUIA, PAÍS PREDESTINADO

dades de consumo, las naciones del C. O. M. E. C. O. N., que en el fondo continuaban siendo de sentimientos burgueses vieron con desesperación que ellas no participaban de la abundancia que surgía al otro lado del Telón de Acero. Fue entonces cuando diversos países del C. O. M. E. C. O. N. comenzaron a comerciar con los países del Oeste de Europa, tratando de ampliar sus economías fuera de él, pues Rusia, en esta fase de la evolución de la economía europea, más que ayudarles los explotaba comprándoles sus productos tradicionales a precios bajos.

Checoslovaquia, consecuencia de su industrialización y a lo evolucionado de su sociedad, era una de las más explotadas, surgiendo con más fuerza que en otras naciones el deseo de incorporarse a las sociedades de consumo, para lo que estaba perfectamente capacitada. Por ello, el sentimiento de liberalización tomó en este país unos caracteres trágicos que el Gobierno comunista no supo o no pudo encauzar convenientemente, siendo arrastrado a concesiones que de antemano sabía no podrían ser mantenidas.

Los rusos, por otra parte, sostenían que esta reacción neocapitalista no podría ser consentida en una sociedad de pueblos marxista-leninista, pues en ella no tendría cabida una minoría con conciencia burguesa y economía capitalista, que era, a fin de cuentas, el objetivo a alcanzar por la sociedad checa en ebullición.

Las visitas a Moscú de los dirigentes políticos comunistas checoslovacos no arregló nada la cuestión, a pesar de aparentes concesiones mutuas que en Praga se tomaron, sin ninguna razón, por claudicaciones soviéticas. El recibimiento triunfal que tuvieron en Praga los presidentes de Rumania y Yugoslavia fueron, a nuestro juicio, los móviles que obligaron al Kremlin a poner en marcha la máquina militar del Pacto de Varsovia a fin de restablecer la situación, ante la desesperación de los checos, que no han podido reaccionar, y con el recuerdo de lo sucedido en Hungría y Alemania Oriental en casos análogos.

De todo este triste cuadro se deduce que los dirigentes checos no tuvieron en cuenta para nada las servidumbres que le impone su posición geoestratégica y que la predestinación histórica volvería por sus fueros desde el momento que se planteaba con sus actos una crisis continental.

ENRIQUE MANERA.

